

cien años. Este tan admirado «ornamento de la lógica» — la doctrina de la claridad y la distinción — puede ser muy bonito; pero ya es hora de relegar a nuestro gabinete de curiosidades la antigua *joya*, para ponernos algo más adaptado a los usos modernos.

La primera lección que tenemos derecho a exigir de la lógica es la que nos enseña cómo tener ideas claras; y su importancia es sólo despreciada por quienes más la necesitan. Saber lo que pensamos, ser dueños de nuestra mente, será un firme cimiento para un pensamiento grande y sólido. Esto es comprendido más fácilmente por aquellos cuyas ideas son escasas y limitadas; y mucho más felices ellos que quienes nadan desesperadamente en un mar de conceptos. Es cierto que una nación puede, a través de generaciones, vencer la desventaja de una excesiva riqueza de lenguaje y de su natural consecuencia, la vasta e insondable profundidad de ideas. La podemos ver en la historia, perfeccionando lentamente sus formas literarias, labrando su metafísica, y, por virtud de la infatigable paciencia que a menudo le es dada como compensación, alcanzando la mayor excelencia en cada rama del proceso mental. Todavía no se ha vuelto la página que nos ha de decir si tal pueblo prevalecerá o no, a la larga, sobre otro cuyas ideas (como las palabras de su lengua) sean pocas, pero que tenga un maravilloso dominio sobre las que posee. Sin embargo, no cabe duda de que unas pocas ideas claras valen más que muchas confusas. Sería muy difícil persuadir a un joven a sacrificar la mayor parte de sus pensamientos para salvar los restantes; y una cabeza enmarañada es la menos apta para ver la necesidad de tal sacrificio. Sólo nos cabe, en general, compadecerle, como a persona aquejada de un defecto congénito. El tiempo puede ser su mejor ayuda; pero la madurez intelectual, en lo que concierne a la claridad, suele llegar muy tarde. Esto parece un desgraciado rasgo de la naturaleza, por cuanto la claridad es menos útil para un hombre ya instalado en la vida, y cuyos errores han, en su mayor parte, producido su efecto, que lo sería para quien tiene ante sí todo el camino. Es terrible ver cómo una sola idea confusa, una simple fórmula carente de significado, agazapada en la cabeza de un joven, actúa a veces como la obstrucción de un cuerpo inerte en una arteria, obstaculizando la nutrición

del cerebro y condenando a su víctima a languidecer en la plenitud del vigor y la abundancia intelectuales. Muchos hombres han abrigado durante años, como un amuleto, la vaga sombra de una idea, demasiado insignificante para ser claramente falsa, y a la que, sin embargo, han amado apasionadamente, haciendo de ella inseparable compañera, hasta darle su fuerza y su vida, dejando por ella todas las demás ocupaciones y habiendo, en resumen, vivido por y para ella, hasta convertirla, diríamos, en carne de su carne; todo para despertar una clara mañana y hallar que se ha marchado, desvanecida como la hermosa Melusina de la fábula, llevándose consigo la esencia de su vida. Yo mismo he conocido a uno de esos hombres; y ¿quién podrá decir cuántas historias de cuadradores del círculo, metafísicos, astrólogos y demás, pueden contarse en la vieja leyenda alemana [francesa]?

Los principios expuestos en la primera parte de este ensayo conducen a un método para alcanzar una claridad de pensamiento de grado superior a la *distinción* de los lógicos. Allí hiciémos notar que la actividad del pensamiento es excitada por la irritación de la duda, y cesa cuando se alcanza la certeza; de modo que la producción de certeza es la única función del pensamiento. Pero estas palabras son demasiado importantes para mi propósito. Es como si hubiera descrito los fenómenos a través de un microscopio mental. Tal como suelen ser empleadas, las palabras *duda* y *certeza* se refieren a la religión y otros graves temas. Pero aquí las uso para designar el punto de partida y la resolución de una cuestión, sea grande o pequeña. Si, por ejemplo, en el tranvía de mulas, saco mi monedero y encuentro en él una moneda de cinco centavos y cinco de un centavo, decidiré, mientras mi mano va hacia el monedero, de qué modo pagaré mi viaje. Llamar a semejante problema *duda*, y a mi decisión, *certeza*, es utilizar palabras totalmente desproporcionadas con la ocasión. Decir que semejante duda causa una irritación que necesita ser apaciguada, sugiere un temperamento que hace equilibrios al borde de la locura. Sin embargo, considerando el caso más despacio, debe admitirse que, si existe la menor vacilación en cuanto a si voy a pagar con las cinco monedas de cobre o con la de níquel (vacilación que existirá, a menos que yo obre en